

La femineidad, una perspectiva desde las posiciones masculinas

por Silvia Wainsztein

Una coincidencia, el azar, o vaya uno a saber qué, el tema de este número de Cuadernos Sigmund Freud es el que anuncié el año pasado en tanto Seminario,⁹¹ que propuse desarrollar en la Escuela Freudiana de Buenos Aires – centro cultural – y que comenzó este extraño 2020.

Celebro la coincidencia y trataré de abordar el tema desde otra perspectiva que la que propuse para mi Seminario. Lo haré desde las posiciones masculinas, tal como lo anuncio en el subtítulo.

Parto de la hipótesis que La femineidad es una posición que atañe al ser hablante independientemente de cómo se nombre en tanto ser sexuado. Es una posición del sujeto del inconsciente, del sujeto del deseo. Hipótesis que formulo desde el campo del Psicoanálisis, con Freud, sus seguidores y detractores; con Lacan y su consigna de retorno a Freud, que hizo posible avanzar en una cuestión tan compleja como La femineidad. Hablo del invariante de la femineidad, más allá de las épocas, de las vestiduras, de la filosofía, de la antropología, y de movimientos tan importantes como el feminismo y de colectivos cuyas siglas nos llegan como LGTBQ.

¿Qué quiere la mujer? fue el enigma que atormentó a Freud, por no encontrar respuesta satisfactoria alguna. Ese otro goce, por fuera de la función fálica, pero no sin ella, fue el enigma que nos dejó Lacan.

Trataré de formular algunas preguntas que tal vez nos orienten respecto al tema propuesto.

¿Por qué en el discurso psicoanalítico hablamos del concepto de femineidad, pero su opuesto simétrico, masculinidad, no figura como tal?

Sin embargo, tanto Freud como Lacan desarrollaron desde varios ángulos las vicisitudes propias de los llamados varones, razón por la cual podríamos enfocarnos en las *posiciones masculinas*, que no son simétricas con el concepto de femineidad.

Ahora bien, ¿desde qué lugar podemos considerar el término masculinidad en el campo del Psicoanálisis en su calidad de concepto?

EL CONTEXTO QUE NOS HABITA

Nuestra época está atravesada por discursos que sostienen la problemática de género haciendo pasar por la misma a los dos sexos: masculino-femenino, y a las llamadas diversidades de género.

A los psicoanalistas nos urge considerar los discursos que circulan a propósito de las nuevas manifestaciones que coagulan al sujeto bajo la forma de estampas de la época, tras las cuales subyace la idea de libertad absoluta para elegir el ser sexuado del sujeto con la consiguiente aceptación del otro social que los rodea.

Es lo políticamente correcto y está a un paso de un moralismo contemporáneo, cuyo mandato categórico no admite disenso alguno. Por eso es tan delicado para el analista cuando recibe consultas de padres de adolescentes y de niños, como así también de aquellos que se presentan con un texto asertivo, cuyo enunciado es que sienten que nacieron en un cuerpo equivocado y demandan ser reconocidos con sus nuevas identidades.

La responsabilidad del analista que se precie como tal en una ética que vindica, que no es otra que la apuesta al sujeto, al sujeto del deseo, es sostener el postulado del inconsciente y los conceptos fundamentales del Psicoanálisis, sin dejar de lado los fenómenos de la época que nos atraviesan.

FUNDAMENTOS MÍNIMOS DESDE EL PSICOANÁLISIS

Para el creador del Psicoanálisis, tanto la posición de la mujer como la del hombre es efectuada desde la lógica Fallo-Castración, pero acentuando su dimensión imaginaria, salvo la ecuación que propone Niño = Fallo, cuyo tinte simbólico para el varón resuelve el temor a la castración y para la mujer la coagula en el lugar de Madre.

Según la asunción sexual que cada uno adquiere vía identificación, se dirá hombre o se dirá mujer. Se diferencian por el modo de situarse en relación al Fallo, articulado a la castración.

Lacan, desde su consigna de retorno a Freud, avanza con las fórmulas de la sexuación para indicar el lugar varón y el lugar mujer según los modos de goce que las fórmulas escriben en cada uno de sus dos lados.

Nadie se salva de la castración simbólica, sólo que sus efectos son distintos según se trate de uno u otro sexo. Se juega en la dialéctica entre el ser y el tener, que determina un destino para cada uno de ellos, sin pretender convertirlo en una entidad.

El hombre poseedor del pene es el que lo tiene. La mujer, por no poseer el atributo, se relaciona más fácilmente con la falta en ser, pues el tener o no tener es del registro de lo imaginario.

Para abordar las posiciones masculinas no podemos evitar la referencia al otro sexo, que, como sabemos, es el femenino, porque la castración se lee en el cuerpo de la mujer. Para abordar la femineidad desde la perspectiva de quienes se dicen varones, tendremos que ocuparnos de los goces masculinos.

LOS GOCES MASCULINOS

El plural del subtítulo alude a la singularidad de quienes se dicen varones. Pero nos encontramos con rasgos específicos que responden a la lógica Fallo-Castración, a la relación con el goce, y se manifiestan de modos que pasaremos a señalar.

¿DE QUÉ GOZA UN HOMBRE?

Esta pregunta parafrasea íntimamente aquella formulada por Freud, “¿Qué quiere la mujer?”.

Intuye que un goce enigmático se juega en la sexualidad femenina. Lacan parte de esta pregunta y avanza, a partir de sus fórmulas de la sexuación, hacia el más allá del goce fálico.

El obstáculo para el varón son los atributos imaginarios, que, en su cuerpo, están referidos al pene. Cuando éste no alcanza, desplaza su potencia a la inteligencia, el status social, el conocimiento, o en la versión Woody Allen, a presentarse como despojado de los habituales emblemas masculinos que seducen a más de una y a más de uno.

Preocupado por arribar a la óptima medida, el varón calcula cuánto tiene o cuánto le falta para poder alcanzarla.

Respecto al saber, tiende a colmar su estatuto de falta con el saber, en tanto conocimiento universal. Puede ser el saber de la ciencia, del fútbol, de la política, del automovilismo, de la electrónica, y su goce pasa por dar cátedra a todo aquel que se preste a escuchar. Pero como entre el goce y el Saber hay una división radical, *No Todo* se puede saber sobre el goce.

Sin embargo, interroga el saber de la mujer, ese que ella posee ya desde el origen, articulado al más allá del goce fálico, que, por estar subsumida a la lógica del No Todo, No Toda ella está preocupada por el deseo de saberlo todo.

Viene al caso una célebre frase de Ernesto Sábato:

“Siempre habrá un hombre que aunque su casa se venga abajo estará preocupado por el Universo y siempre habrá una mujer que aunque el Universo se derrumbe estará preocupada por su casa.”⁹²

EL MITO DE DON JUAN

El mito del Don Juan, habitual en el fantasma femenino, tiene una función especial para el hombre respecto del goce. Toma a las mujeres una por una, en el intento de alcanzar a La Mujer que ninguna de ellas es.

En el Seminario “El envés del Psicoanálisis”, Lacan se ocupa de la cuestión masculina desde la perspectiva de los discursos. Define al hombre, al macho, viril, como una creación del discurso. Menciona algo sorprendente como la “felicidad del falo”, en la que creen tanto hombres como mujeres. Realizar la felicidad del falo es el sueño del neurótico. El obstáculo es la división subjetiva entre saber y goce, que el objeto *a* imprime en tanto pérdida.

¿Y qué de las posiciones masculinas en relación a la *Père Version*?

El síntoma de Freud, descripto por Jones como el carácter enigmático de su relación con la mujer, es leído por Lacan en la relación establecida con el padre y, en consecuencia, haber mantenido en pie la pregunta “qué quiere la mujer”.

El final del complejo de Edipo freudiano, por ende, el final del análisis, se resuelve para el varón con la fórmula del amor al padre por identificación. Queda la mujer confundida con la histérica que quiere saber qué es un padre. El obsesivo quiere saber cómo gozan las mujeres. De ahí que es tan común homologar el deseo de la histérica con las mujeres, y el del obsesivo con los hombres. Ella interroga al hombre de la excepción ubicándolo en el lugar de la causa. Él dirige su pregunta a esa parte del No Todo, que, por estar fuera del significante, más allá del Falo, pero habiendo pasado por su función, hace de ese goce algo indeterminado y busca el objeto causa en forma infinita.

El goce supuesto de la mujer tiene características de enigma. Como tal, habilita una pregunta que promueve la oscilación entre la madre y la prostituta. Cuando el enigma se torna insoportable y cobra eficacia la certeza, el trauma, para el varón, se manifiesta en síntomas tales como la impotencia, la eyaculación precoz, la falta de orgasmo. Porque opera la equivalencia entre el goce del padre de la horda, con la existencia de La mujer sin barrar.

La demanda de igualdad de géneros toca justo el punto donde Freud decía que es preciso que el hombre pierda el respeto hacia la mujer, ya que, si es confundida con la madre, se hace presente el horror al incesto. Nos encontramos hoy con un fenómeno que es tan

habitual en las nuevas masculinidades. El retraimiento, como refugio defensivo, o el femicidio, como resolución trágica de la impotencia masculina.

La afirmación de Freud que señalamos en el párrafo anterior, fue leída lamentablemente desde el sentido común, que no sabe de las cosas del deseo y de su relación con el inconsciente. Pero así sucede también con ciertos discursos feministas que reivindican a la mujer como una persona y no como un objeto. El estatuto del objeto en Psicoanálisis tiene el valor de un concepto que no pasa por la sustancia ni por adjetivación alguna. Todo lo contrario. Es por su inexistencia como tal que cobra toda su eficacia en el fantasma de cada sujeto, cuando opera su función como causa del deseo.

Para una mujer, la cuestión es saber que hacer semblante de objeto no es ser un objeto del goce del otro.

¿POR QUÉ EL FETICHE ES CONDICIÓN DE GOCE PARA EL VARÓN?

Freud articula el objeto fetiche con la castración. La operación que conlleva es el repudio o la reprobación de la castración leída en el cuerpo de una mujer. El horror a la castración se transforma, gracias al objeto fetiche, en causa del deseo para el hombre y torna a la mujer deseable. La función del fetiche es la del velo, que propicia un cuerpo con imágenes plenas de erotismo.

El objeto es trivial, pero el sentido es pleno. Le garantiza al sujeto que el goce es siempre alcanzable. Por eso es habitual que para cada varón el objeto fetiche sea siempre el mismo.

¿POR QUÉ AFIRMA LACAN QUE EL MASOQUISMO FEMENINO ES UN FANTASMA MASCULINO?

La novela de Sacher Masoch, *La venus de las pieles*, expone de forma paradigmática cuál es el carozo del goce del protagonista flagelado por una mujer que porta el objeto fetiche a través de las pieles. Condición erótica para el hombre que en nuestros días se nominaría “abuso”.

Me recuerda a un señor que en la primera entrevista dice “Yo soy un hombre golpeado”. ¿Por quién? Por su mujer. ¿Por qué? Por no ponerse los “pantalones” cada vez que hay que resolver conflictos familiares. El paso siguiente es un encuentro sexual entre ellos de tipo “furioso”. La repetición de esta escena se interrumpe cuando hace su aparición el síntoma de la impotencia. Él argumenta que ella deja de golpearlo y viene a la consulta porque su vida perdió sentido.

Ser golpeado por una mujer por no ponerse los pantalones no es equivalente a feminizarse. El masoquista se ubica en una posición femenina, se identifica al objeto *a* en el

intento de alcanzar el goce atribuido a las mujeres, más allá del Falo. En su fantasma, se trata de aprehender el goce enigmático del Otro, el otro sexo, que es la mujer.

Fetichismo y masoquismo son paradigmáticos del goce masculino. Posiciones de la estructura que cambian de ropaje según la época. Travestis, transexuales, asexuados, bisexuales, formas de la diversidad de las *nuevas masculinidades*.

La clínica psicoanalítica nos enseña una y otra vez que el neurótico se da cuenta que la mujer goza más allá de él y más allá de sus atributos. Cuando no lo puede admitir, ya por la negación, ya por el repudio, el síntoma y la inhibición se hacen presentes bajo distintas formas.

El que se dice varón, se escribe del lado del Falo en las fórmulas de la sexuación. Poder situarse del lado de las que se dicen mujeres lo inscribe también en relación a la privación en el Otro, donde el objeto falta es en lo Real. Sin por ello confundir la posición femenina con la homosexualidad ni con ser un *afeminado*.

Nos queda preguntarnos acerca de la homosexualidad masculina de nuestra época. ¿Es más habitual? ¿Tiene mayor visibilidad? ¿Es una posición efecto del retraimiento que señalamos en estas notas? ¿Es una manera de reivindicar los derechos del varón como un nuevo “*masculinismo*”? ¿Un modo de marcar las diferencias cuando son confundidas con la discriminación?

Son preguntas que nos atañen a los analistas, que nos enfrentan a nuestros propios prejuicios, a nuestros ideales y, por lo tanto, en el abordaje de las curas que conducimos teniendo en el horizonte el final del análisis. Nos desafían en el punto específico de sostener la incidencia del Psicoanálisis en un tiempo en que los ataques al mismo dejan sus huellas en el colectivo social.

Retomando la hipótesis acerca de la femineidad como posición del sujeto del inconsciente que atañe a toda asunción sexual como efecto del dicho, podemos afirmar que, desde la perspectiva de los que se dicen varones, la perplejidad que dicha posición promueve no es sin consecuencias. ¿Será por eso que Lacan afirma que la mujer es el síntoma del hombre y en ocasiones el hombre es su estrago?⁹³

La perplejidad masculina, en relación al significante de la mujer que no hay, en consecuencia, que La mujer no existe, es una perspectiva cuyos efectos son tan diversos, que si un hombre advierte la falta singular que implica la femineidad en tanto posición del sujeto, advenga un nuevo saber para él, siempre y cuando su causa sea la lógica del No Todo que las que se dicen mujeres encarnan.

LA FEMINEIDAD DEL LADO DE LA MUJER

Si el goce suplementario atribuido a la mujer es indecible por estructura, queda el recurso del amor que no cesa de no escribirse. Es que, por no poder ser La mujer, ella puede ser “una mujer”, elegida por un hombre. Si admitimos con Lacan, que *La mujer no existe* es efecto de *no hay significante de la mujer*, esta falta simbólica le facilita a ella el camino a la creación de la mascarada y a él, la creación de la impostura. Juego del orden de la creación en la relación heterosexual.

Lo que de la mujer no puede decirse por su carácter de enigma, ¿qué se escribe? La carta de amor.

La escritura muestra lo que no se dice, porque por estructura es imposible de decirse.

Cuando una mujer hace de semblante de *a*, de objeto causa del deseo de un hombre, al bordear ese objeto sin darle ninguna sustancia “mujer objeto”, escribe una letra que, desprendida del significante, arroja ese pedacito de real que en un análisis anticipa su fin.

Para ello debe poder contarse con el partenaire analista, no importa su sexo, que pueda ubicarse en posición femenina. Hacer él también semblante de objeto *a* y soportar, en su caso, que en el final de las curas que sostiene, se convertirá en alguien prescindible para su analizante.

De modo que, a la pregunta planteada al comienzo en cuanto a por qué los psicoanalistas hablamos del concepto de femineidad, pero su opuesto simétrico, masculinidad, no figura como tal, respondo que eso es así porque, dado todo lo expuesto, la masculinidad no es conceptualmente simétrica a la femineidad en el discurso psicoanalítico.

91. Silvia Wainsztein: Seminario 2020 “La femineidad después de Freud y de Lacan, pero NO sin ellos”. En la Escuela Freudiana de Buenos Aires – centro cultural.

92. Ernesto Sábato, *Uno y el Universo*, Seix Barral, Barcelona, 1945.

93. Jacques Lacan: Seminario *El sinthome*, Paidós, 2006.